

Notas Sobre el Control de la Etnografía Desde una Etnografía Descontrolada (A Propósito de la Caza de Ballenas en las Costas de Chile)

Notes on the Control of Ethnography From an Uncontrolled Ethnography (About Whaling in the Chilean Coast)

Daniel Quirozⁱ

RESUMEN

La etnografía es, principalmente y sobre todo, experiencia. El trabajo de campo y la escritura son dos caras de una misma moneda. La etnografía es un “mecanismo” mediante el cual podemos disipar la niebla que cubre determinados conocimientos y visibilizarlos, al menos durante un momento. En la práctica etnográfica encontramos “colaboradores” de los más diversos tipos: nativos, expertos, también para-etnógrafos, esos que no son ni nativos ni expertos. La experiencia personal es el pegamento que une el trabajo de campo y la escritura. La imposibilidad de observar directamente algunos temas o eventos, nos obliga a pensar la etnografía en términos históricos. La caza de ballenas en las costas de Chile es una buena excusa para hacerlo.

Palabras claves: *Etnografía Retrospectiva, Caza de Ballenas, Experiencia Etnográfica, Trabajo Colaborativo.*

ABSTRACT

Ethnography is mainly and specially, experience. Fieldwork and writing are two sides of the same coin. Ethnography is a “mechanism” by which we can dissipate the mist covering certain knowledge, and making it visible at least for a moment. In the ethnographic practice there are different types of “collaborators”: natives, experts, and para-ethnographers, those who are neither natives nor experts. Personal experience is the glue that binds fieldwork and writing. The inability to directly observe some issues or events, forces us to think ethnography historically. Whaling off the coast of Chile is a good excuse to do that.

Key Words: *Retrospective Ethnography, Whaling, Ethnographic Experience, Collaborative Work.*

i Centro de Documentación de Bienes Patrimoniales, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Recoleta 683, Santiago, Chile. Correo-e: Daniel.Quiroz@museosdibam.cl

BIENVENIDA

De mañana, la niebla asciende del mar por los acantilados, más allá de Kingsport. Sube, blanca y algodonosa, al encuentro de sus hermanas las nubes, repletas de sueños de húmedos pastos y cavernas de leviatanes. Y más tarde, en tranquilas lluvias estivales que mojan los empinados tejados de los poetas, las nubes esparcen esos sueños, para que los hombres no vivan sin el rumor de los viejos y extraños secretos y maravillas que los planetas cuentan a los planetas solos en la noche. Cuando los relatos acuden en tropel a las grutas de los tritones, y las caracolas de las ciudades invadidas por la algas emiten sonidos insensatos aprendidos de los Dioses Anteriores, entonces las grandes brumas ansiosas se espesan en el cielo cargado de saber, y los ojos que miran el océano desde lo alto de las rocas tan sólo ven una mística blancura, como si el borde del acantilado fuese el límite de toda la tierra, y las campanas solemnes de las boyas tañen libremente en el éter de las hadas (Lovecraft 1970 [1931]: 94).

La niebla es un fenómeno meteorológico en el que nubes de baja altura reducen la visibilidad “a menos de mil metros”. Pero es también un “fenómeno poético” que permite hablar de aquello cuyas formas precisas no conocemos, de cosas escondidas que, por encontrarse a “más de mil metros”, no podemos ver con claridad. El historiador francés Marc Bloch recuerda que nos movemos “medio ciegos y medio sordos por un mundo exterior que sólo vemos y comprendemos a través de una especie de niebla” (Bloch 2008: 24). Pensar en la niebla nos obliga a considerar que muchas veces lo buscado se desvanece para volver a aparecer con formas nuevas, desafiando las teorías y metodologías más conocidas y populares. El escritor uruguayo Mario Benedetti nos pide considerar en nuestras cavilaciones “cómo cambian las cosas/en la niebla” y nos advierte que “la niebla no es olvido/sino postergación anticipada” (Benedetti 1974: 7).

La caza de ballenas en las costas de Chile es, sin duda, uno de esos temas que se encuentra escondido en una especie de niebla. La decisión de estudiarla contribuye a disipar la niebla, nos abre las puertas de un mundo poco familiar, que no

controlamos, con herramientas canónicas que ya no sirven o que ya no sabemos aplicar. Su estudio presenta un problema para la etnografía, pues dejó de practicarse en las costas de Chile hace unos treinta años. Nos queda solamente un conjunto acotado de “ruinas”, “recuerdos” y “recortes”. ¿Podemos hacer etnografía con ellos? La caza de ballenas es un “evento del pasado”. El conocimiento directo del estilo de vida de los balleneros chilenos por medio de la observación participante estaba vedado para un “etnógrafo clásico”. Pero, ¿hasta qué punto la etnografía se limita o debe limitarse a una técnica, aunque ésta sea la afamada observación participante? La respuesta a esta pregunta es, por supuesto, que no debe limitarse, y sabemos, experiencias mediante, que el uso de otras herramientas nos permite conocer y dar a conocer, un “estilo de vida”, una “tradición”, una “cultura”, esté presente o haya desaparecido.

En este punto no debemos olvidar las recomendaciones de Alfred Métraux,

“hablando claramente, no hay método en la etnografía; fuera de ciertos principios de prudencia e imparcialidad, la libertad del investigador debe ser completa, ninguna directiva preconcebida, ningún sistema, ningún cuestionario, debe obstaculizarlo. Todo su arte se reduce a una perpetua adaptación a los hombres y las circunstancias. El carácter de las sociedades entre las que se encuentra, la naturaleza de sus relaciones con ella, deben dictar su línea de conducta y determinar las condiciones en las cuales hará sus observaciones, porque el valor de los documentos depende de su flexibilidad de espíritu y de su inteligencia” (Métraux 1925: 289).

Esa libertad de la etnografía nos “libera” de las certezas y nuestro trabajo se desordena, y todo intento por establecer un orden aumenta significativamente el descontrol. La etnografía no controla, sino más bien controlada por “los hombres y las circunstancias”. En este contexto resuenan poderosamente las palabras de Michael Taussig: “el mundo humano es como un sistema nervioso en emergencia permanente”. El problema surge cuando tratamos de “describir el sistema nervioso que nos atraviesa y nos da forma, [... pues] cada vez que uno lo estimula, comienza

con alucinaciones o, peor aún, enfrenta nuestro sistema con su nerviosismo y nuestro nerviosismo con su sistema” (Taussig 1995: 24). Para hacer una etnografía de “eventos pasados”, como puede serlo la caza de ballenas, tenemos herramientas no calibradas, por ende descontroladas, y el nerviosismo de los eventos pasados se incrementa. Necesitamos, además, una manera de escribir “no menos sistemáticamente nerviosa que el sistema nervioso mismo, del cual naturalmente no puede ser más que su última extensión, la penúltima versión, la que permanentemente se ubica antes de la última” (Taussig 1995: 24). Una etnografía libre de ataduras es, sin duda, una etnografía descontrolada.

Compartimos de manera entusiasta los postulados de Taussig respecto de la antropología como una narración de narraciones: “¿qué es la antropología sino una especie de traducción tanto más honesta, tanto más verdadera y tanto más interesante porque muestra el mostrar, esto es, mostrando los medios de su producción? La tarea que se nos presenta, entonces, es ver lo que la antropología ha sido, desde el comienzo; es decir, narrar los relatos de otras gentes y, en el proceso, generalmente arruinarlos por no ser sensibles a la tarea del narrador. No tenemos ‘informantes’. Vivimos con narradores, a quienes frecuentemente hemos traicionado en aras de una ciencia ilusoria” (Taussig 2013: 309).

LA ETNOGRAFIA RETROSPECTIVA

Etnografía es la palabra más potente que he encontrado en mis cuarenta años de contacto con la antropología; hay otras, pero con ninguna he sentido ese grado de identificación que me permite mirar y comprender la escena en la que me muevo. Pueden decir que no todas las personas la definen de la misma manera, pero sabemos que ese no es un problema. Lo peligroso son los significados unívocos: bienvenida la naturaleza ambigua de la etnografía.

Para Claude Lévi-Strauss la *etnografía* constituye la primera fase de los estudios antropológicos, corresponde a la observación y la descripción de un grupo y/o cultura (en otras palabras, el trabajo de campo y la escritura), siendo el prototipo del estudio etnográfico “una monografía dedicada a un grupo lo bastante restringido para que

el autor haya podido recoger la mayor parte de su información gracias a la experiencia personal” (Lévi-Strauss 1987: 367). Destaco entre sus palabras la alusión a la “experiencia personal”, materia prima de cualquier etnografía, aunque en su caso se refiera solamente a la convivencia del etnógrafo con las personas cuyo modo de vida desea conocer.

Para Michael H. Agar, la etnografía es ese “proceso de aprender el modo de vida de una comunidad y de informar los resultados de ese aprendizaje” (Agar 2001: 4858). Se trata de aprender y enseñar lo aprendido. Obtiene los datos que utiliza mediante diversas acciones, observar y conversar, participar en lo que la gente hace, y escuchar lo que dice. La etnografía es “trabajo de campo” y “escritura”, dos caras de una misma moneda. Pero las monedas no solo tienen “caras” sino también “canto”. Y el canto de la moneda representa la experiencia del etnógrafo que sirve para unir trabajo de campo con escritura. Por esta razón el etnógrafo de Borges (1989 [1969]) no es un verdadero etnógrafo pues no enseña lo aprendido.

El etnógrafo también recurre a documentos depositados en archivos o en la propia comunidad estudiada, pues parte de la historia está inscrita en textos y representada por imágenes que es necesario re-leer para comunicar lo aprendido. La posibilidad de desarrollar una etnografía de eventos pasados coloca al investigador frente al dilema de apelar a técnicas de recolección de datos más ligadas a otras disciplinas, en especial la historia. La etnografía de “eventos pasados” se basa en la habilidad de sus practicantes en examinar lo ignorado o llamar la atención sobre aquellas áreas de la vida que no han sido cuestionadas o han pasado inadvertidas. La etnografía contiene muchos métodos diversos, todos basados, de alguna manera, en textos de distinta naturaleza. ¿Es posible, para los etnógrafos del pasado [lograr] describir y comprender un mundo perdido? La etnografía es una disciplina narrativa, y la etnografía histórica no es una excepción. La imposibilidad de observar la caza de ballenas directamente no impide visitar los lugares donde se desarrolló, contemplar sus “ruinas”, conversar con la gente que participó de ella, y buscar en bibliotecas y archivos, datos y noticias sobre las distintas facetas de su práctica. Los materiales son entonces un conjunto de “recortes”, “recuerdos” y “ruinas” que debemos integrar en una etnografía histórica que entregue una narración plausible sobre

la historia, características y funcionamiento de la caza de ballenas en distintos lugares y épocas en Chile.

La relación entre antropología e historia ha sido un tema recurrente y siempre discutido en ambas disciplinas. El historiador social norteamericano Charles Tilly señala que “a primera vista, antropólogos e historiadores parecen haber sido hechos el uno para el otro [...] El trabajo de campo etnográfico se parece mucho más a la investigación de archivos del historiador que al diseño de encuestas del sociólogo”. Sin embargo, con una mirada más cercana “podemos descubrir posibles fuentes de disenso entre los inamorati” que tienen que ver con el foco de sus investigaciones: “los historiadores tienden a estar especialmente interesados en fijar las acciones humanas en el tiempo y menos interesados, o ambivalentes, sobre fijarlas en el espacio”; en cambio “los antropólogos tienden a estar mucho más apegados al lugar y un poco más relajados respecto de fijar las acciones en el tiempo” (Tilly 1978: 207-208). Estas fuentes de disenso corresponden, sin embargo, a diferencias de énfasis y no a cuestiones de fondo (Evans-Pritchard 1990 [1961]).

La etnografía retrospectiva es una herramienta que nos permite estudiar un modo de vida del pasado como si fuera contemporáneo, utilizando “los mejores equivalentes históricos de las observaciones de los etnógrafos”, para que ese modo de vida reconstituido sirva “como contexto para una explicación de la acción colectiva” (Tilly 1978: 210). Estos etnógrafos-equivalentes podemos encontrarlos en los lugares menos pensados. El historiador inglés Keith Thomas señala que se debe comprender “el punto de vista del nativo”, de modo que, “en vez de tratar de clasificar y ordenar la experiencia humana desde fuera, como si los actores históricos fueran mariposas, y los historiadores entomólogos, se debe hacer un esfuerzo imaginativo para recrear el modo en que las cosas le suceden a las personas en ese tiempo” (Thomas 2009: 3). El adjetivo “retrospectiva” sirve para resaltar la idea que el esfuerzo comprensivo se hace desde el presente.

Un claro ejemplo de etnografía retrospectiva es el trabajo de la antropóloga brasileña Renata de Sá Gonçalves. Ella realiza un “viaje” al Río de Janeiro de finales del siglo XIX y con la ayuda de las voces de periodistas y cronistas, a veces desde dentro, otras

desde fuera, narra los dramas desarrollados en el *carnaval dos ranchos*, las antiguas escuelas de samba (Gonçalves 2007). Para recorrer ese camino, señala, “me dejé llevar [...] por diarios, revistas y libros, de manera de construir una ‘etnografía retrospectiva’ de su proceso de estructuración, consolidación y finalización” (Gonçalves 2008: 7), proponiendo “una lectura etnográfica del material histórico sobre los ‘ranchos carnavalescos’, con un foco en los cronistas del diario considerado como el más ‘popular, de la época, el *Jornal do Brasil*”. Para ella, estos cronistas son “comentadores e intérpretes privilegiados del carnaval carioca”, pues no solo eran “críticos sino también participantes extremadamente activos en el proceso de formación y en la consolidación de esta forma carnavalesca” (Gonçalves 2009: 77).

LOS INICIOS DE LA AVENTURA

La caza de ballenas es un proceso que involucra no solamente la captura sino también su procesamiento, es decir, la obtención de productos tales como el aceite, la carne, las barbas, los dientes y los huesos y, por supuesto, su comercialización. Mi interés por el tema surge durante las investigaciones etnográficas, históricas y arqueológicas que realizamos entre 1990 y 1998 en isla Mocha [aunque ya a fines de la década de los 70, buscando saber un poco más sobre la pesca de la albacora, había escuchado varios testimonios de personas que se esmeraban en contarme, con lujo de detalles, la caza y el procesamiento de las ballenas en la planta ballenera de Quintay].

Mi primer “contacto” con la caza de ballenas fue durante una larga conversación sostenida con Alfredo Herrera en isla Mocha, durante el verano de 1991. Don Alfredo, uno de mis “socios epistemológicos” en los estudios antropológicos sobre la isla, comentó que cuando era niño su familia se había trasladado a la isla Santa María donde habría participado en la incipiente industria ballenera de la familia Macaya. Su padre le arrendaba,

“el bote a los Macaya para cazar la ballena [...] se cazaba a remo, a puro remo y el remolque en lancha. Yo era chiquitito, tendría mis doce años, cuando conocí la primera ballena que llegó ahí [...] trabajábamos en ir a buscar el espele, con el que cortan el tocino.

Entonces le mete un gancho al tocino, lo saca y lo va cortando hasta que queda del porte que usted puede echárselo al hombro [...] lo lleva a los fondos y ahí los echa [...] con eso me ganaba la vida en la isla, ahí me quedé con los Macaya” (Quiroz y Zumaeta 1997: 24).

Con una creciente curiosidad recibí el testimonio adicional de Don Pedro Aguirre, otro “mochano” que describió cómo se capturaban y procesaban las carcasas de estos cetáceos:

“la ballena es algo difícil para pillarla. Tiene que ser una suerte, una casualidad, porque la ballena no sube con todo el cuerpo, es un poquito lo que se asoma del agua [...] cuando se divisa la ballena salen los botes y se acercan a la ballena, ahí los trancadores ensartan la ballena, hay que ser harto valiente, porque la ballena de un golpe de la cola hace pedazos todo lo que pilla y la gente también se ahoga. Cuando se ensarta la ballena hay que tratar de que no se vaya a pique, que no se pierda [...] Estando ensartada después viene otro bote más, dos o tres botes y ahí está lista la cosa, no tiene miedo que se vaya a pique, que se vaya a perder. Después llega la lancha, la pesca y se la lleva para arriba, para pelarla, como se dice, o sea, le sacan la gordura; los tocinos son grandes, son gruesos y dan harto, una ballena da como 40 tambores de aceite. La grasa hay que freirla y ahí sale el aceite. Estuve como seis años en eso, en la isla Santa María, trabajaba en la ballena y en la pesca, para los dueños de los botes” (Quiroz y Zumaeta 1997: 24-25).

La caza de ballenas es una “industria compleja” con todas sus letras [aunque en la isla Santa María, el lugar señalado por Alfredo Herrera y Pedro Aguirre, y también en otros puntos de la costa del centro sur de Chile, como Tumbes, Lebu y Maullín, se practicara de una manera bastante precaria, en chalupas y con arpón de mano (Quiroz 2012)].

Estos relatos pudimos complementarlos con innumerables referencias históricas que encontramos sobre las frecuentes visitas que hicieron balleneros extranjeros a isla Mocha, sobre todo durante la primera mitad del siglo XIX, cuando la isla estaba completamente deshabitada. Entre estas referencias resaltaban las “aventuras” de un cachalote blanco que recorría estos mares, de nombre Mocha

Dick, relatadas por Jeremiah N. Reynolds en 1839, y que inspiraron a Herman Melville para escribir su conocida novela *Moby Dick* (Cartes 2009). Junto a la “historia” de Mocha Dick encontramos también relatos escuchados en las costas de Tirúa, sobre las *tremputkalwe*, ancianas que bajo la apariencia de ballenas transportaban las almas de los muertos más allá de la isla Mocha (Montecino 1997). Estos datos nos hicieron reflexionar, en ese momento, sobre la relevancia que tuvieron los cetáceos en el contexto histórico cultural de isla Mocha y las costas de Arauco [Una novela gráfica recientemente publicada “juega” de muy buena manera con la relación entre ambos “relatos míticos”, *tremputkalwe* y *Mocha Dick* (Ortega y Martínez 2012)].

No menos importante fueron los hallazgos de conjuntos de artefactos elaborados en huesos de cetáceos en las excavaciones desarrolladas tanto en la isla Mocha como en la costa araucana, evidencias concretas del uso de las ballenas por estas poblaciones y le daba una profundidad cronológica a la relación entre el hombre y las ballenas en las costas del centro sur de Chile entre el 1000 y el 1600 d.C. (Quiroz y Sánchez 2005: 376-377). Usaban los huesos obtenidos de las ballenas que varaban ocasionalmente en las costas araucanas: “la fuerza del sol, que derrite su gordura, y cuando el tiempo ha consumido la carne, quedan las costillas y demás huesos blancos, de que se aprovechan los Indios para hazer algunos bancos, y pudieran hazerse muchas curiosidades” (Ovalle 1969 [1646]: 44). Estas “curiosidades”, bajo la forma de cuñas, torteras, palas, machetes, pesas, entre otras, aparecieron profusamente en los trabajos arqueológicos realizados en la zona, particularmente en Isla Mocha (Quiroz y Fuentes 2012), indicándonos una particular predilección de sus habitantes por esta “materia prima” en la elaboración de sus artefactos [este hilo de la madeja recién estamos comenzando a desenredar].

UNA ETNOGRAFÍA DE LA CAZA DE BALLENAS

Han transcurrido casi dos siglos entre la primera y la última ballena cazada en las costas de Chile y durante todo este tiempo, de práctica ballenera continua, una gran cantidad de personas, muchas de ellas anónimas, estuvieron involucradas en la cacería y en el procesamiento de las ballenas, construyendo “modos de vida” en distintos lugares del país.

En estos lugares aún subsisten restos de las plantas balleneras o factorías, objetos, máquinas y otras construcciones que contribuyen a materializar su historia como testigos de épocas de esplendor. Están también los recuerdos de las personas que se relacionaron, de una u otra manera, con este modo de vida. Sin embargo, las posibles entrevistas se limitaban a un puñado de personas que habían participado en las operaciones más tardías, sobre todo aquellas desarrolladas después de la Segunda Guerra Mundial. La información más abundante proviene de documentos escritos, impresos e inéditos, oficiales y particulares, de fotografías y películas y de muchas, muchísimas noticias de prensa. Los textos nos abren, además, un sinfín de posibilidades de buscar en los archivos nuevas “historias”, realmente “recortes” de textos más extensos, que agregaran datos adicionales sobre nuestro tema. Finalmente, en bibliotecas y archivos, públicos y privados, encontramos documentos, impresos e inéditos, junto a fotografías y películas que sirvieron para registrar diversos aspectos de estos hechos. Son testimonios fragmentarios, dispersos, que pueden ayudarnos a desentrañar, “reconstruir”, “reparar” un modo de vida desaparecido.

Era necesario generar un modelo que permitiera integrar los datos provenientes de documentos con los recuerdos de las personas y los testimonios materiales que aún quedaban tanto en los lugares donde la actividad se desarrolló como en algunos museos o en colecciones particulares. Este modelo debería ofrecernos una posibilidad cercana de interpretarlos de manera significativa. Nuestra idea era integrar los fragmentos en una “teoría” que permitiera construir un relato que diera a conocer las características de una actividad/oficio que ya no se practica. En este sentido creemos efectivamente que la etnografía se constituye como una teoría de la experiencia. De la nuestra y la de los “otros”. Sabemos de la naturaleza algo “esquizofrénica” de este tipo de estudios, que oscilan entre lo particular y lo general, entre lo ordinario y lo extraordinario, mezclándolos en una suerte de mestizaje epistemológico *ad-hoc*. No es una tarea sencilla pero, sin duda, necesaria si pretendemos avanzar en el conocimiento de un modo de vida cuya valorización ha cambiado tan drásticamente, sobre todo en los últimos tiempos, cuando sobre

la caza de ballenas se ha construido un anatema [=condena moral, prohibición o persecución que se hace de una persona o de una cosa (actitud, ideología, etc.) que se considera perjudicial].

Un ejemplo es nuestro estudio sobre la planta ballenera de Guafo. Luego de revisar acuciosamente las publicaciones relacionadas con la caza de ballenas en las costas de Chile, obtuvimos datos fragmentarios sobre su existencia, sobre el proceso de construcción, diversas operaciones y posterior desmantelamiento de dicha planta. Buscamos documentos inéditos. Revisamos sistemáticamente en Valdivia el Archivo del Conservador de Bienes Raíces de esa ciudad. Consultamos en el Archivo de la Administración del Archivo Nacional algunos fondos específicos de Notarios y Conservadores de Bienes Raíces de Santiago, y también los Decretos del Ministerio de Hacienda que autorizaban el funcionamiento de las sociedades balleneras. Los resultados los cotejamos con la información que aparece sobre estas empresas en el Diario Oficial. En la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile buscamos en los diarios El Correo de Valdivia y La Cruz del Sur de Ancud, algunos datos sobre las actividades balleneras en Guafo. Obtuvimos en Valdivia un pequeño conjunto de fotografías históricas sobre la planta de Guafo, las que nos permitieron “imaginarla” visualmente. Sostuvimos intensas conversaciones o “entrevistas” con personas que participaron en las faenas balleneras de isla Guafo, que pudieron observarlas o que simplemente escucharon de sus mayores algunas historias y relatos sobre ellas. Las conversaciones las tuvimos en Melinka, Quellón, Castro y Ancud; en Corral, Amargos, San Carlos de Corral y Valdivia; en Quintay y Quilpué. Son “recuerdos”, es decir, interpretaciones contemporáneas de hechos (o, para ser justo, de interpretaciones) pretéritas. No pudimos visitar las ruinas de la planta ballenera de Guafo, pero obtuvimos un conjunto de fotografías que nos permite formarnos una idea de la situación actual de sus edificaciones e instalaciones. Nos interesaba “estar ahí”, contemplar y sentir las “ruinas”, participar directamente de su abandono. Las fotografías son un pálido sustituto de estas sensaciones. Esa etnografía (como escritura) resultante de estas “múltiples acciones” es posible, ahora, leerla (Quiroz 2014).

LA MIRADA DE LUIS CASTILLO

El uso de la etnografía retrospectiva requiere encontrar “miradas” y “voces” equivalentes a las que tendríamos si tuviéramos la posibilidad de observar la caza de ballenas y escuchar a sus practicantes en un “presente etnográfico”, es decir, en ese momento definido por la co-presencia del etnógrafo y el “otro” en el trabajo de campo (Quiroz 2015). Para hacerlo de manera adecuada es indispensable encontrar socios epistemológicos que nos ayuden a comprender momentos y procesos que se nos escapan entre los dedos. Necesitamos “etnógrafos equivalentes” o, como se ha llamado también, “para-etnógrafos”, es decir “sujetos expertos, que no son nativos ni colegas sino contrapartes” (Holmes y Marcus 2005: 248; 2008).

Entre las miradas que “leemos” en los documentos sobre la caza de ballenas en Chile sobresale nitidamente la de Luis Castillo, biólogo de la Sección de Aguas y Bosques del Ministerio de Industrias y Obras Públicas, quien en varias oportunidades visita las costas del sur de Chile y publica, entre su vasta obra, algunos breves artículos sobre “la pesca de ballenas” (Castillo 1906, 1907, 1937). Mi “encuentro” con Luis Castillo se asemeja a ese encuentro relatado por Borges en su cuento *El Otro*: “He cavilado mucho sobre este encuentro, que no he contado a nadie. Creo haber descubierto la clave. El encuentro fue real, pero el otro conversó conmigo en un sueño y fue así que pudo olvidarme; yo conversé con él en la vigilia y todavía me atormenta el recuerdo” (Borges 2011 [1975]: 19). Pensar en Luis Castillo como “mi otro” borgiano, le otorga más de un sentido al concepto de etnógrafo equivalente. Pero, ¿son sus observaciones equivalentes las que podría haber hecho un etnógrafo en esa misma época?

Uno de sus trabajos más conocidos es un texto sobre la caza tradicional de ballenas en la isla Santa María (1906), escrito luego una visita a la isla en el invierno de 1905. Debido a que viajó en una época de baja actividad, “no me fue [...] posible tomar parte en las faenas de caza”. Se limitó a visitar la isla “recorriéndola en todo su contorno, ocupándome en recoger los datos que estimé necesarios para ilustrar este informe”, pero además equipó “una chalupa ballenera con todos los útiles empleados en la caza, procurando que los tripulantes

se desempeñaran en sus respectivos cometidos” (Castillo 1906: 495). La imposibilidad de observar directamente el evento lo lleva a realizar una paciente “simulación”, un experimento etnográfico no tan extraño en la antropología. En el texto muestra en toda su complejidad “las primitivas labores con que se realiza la faena” y los precarios métodos “del aprovechamiento industrial” de sus restos (Castillo 1906: 496). Luis Castillo no sólo estaba interesado en describir la caza y el procesamiento de las ballenas sino también en el futuro de la actividad y, en tanto funcionario público, en la participación del Estado en su posible desarrollo y necesario progreso. Para él, “una industria ballenera no requiere de la protección del Supremo Gobierno para progresar”, al contrario, “puede vivir i progresar espontáneamente por el esfuerzo particular”. La función del Estado solamente es “reglamentar la caza” y preparar “personal competente en escuelas en que puedan, después de un corto estudio, acreditar la competencia requerida” para el desempeño del oficio y “sustraerse de las desastrosas consecuencias a las que hoy se exponen en estas peligrosas i mal remuneradas tareas” (Castillo 1906: 499-500).

En 1906 realiza un largo viaje a las costas de Llanquihue y Chiloé, y en su informe entrega antecedentes adicionales sobre “el estado en el que se encuentra la industria de la caza de ballena” encontrando que hay más de “veinte empresas balleneras en las dos provincias de Llanquihue i Chiloé” (Castillo 1907:162). No solamente se limita a describir el sistema de caza de ballenas sino también opina que las “empresas balleneras de chalupas” tienen grandes ventajas sobre las “de tipo industrial”, pues “no consumen combustible, no demandan muchos gastos por las reparaciones de las embarcaciones y no necesitan de una numerosa tripulación con sueldo fijo”, aunque los grandes gastos de la caza moderna se compensan “por el espléndido rendimiento comercial”. Ya en esos años, Castillo asegura que es preferible una caza costera en pequeña escala, más sustentable” a una caza “de tipo industrial” que requiere el uso de un “vapor ballenero” (Castillo 1907:158-159). Considera que la ballena franca es una especie que se encontraría en peligro debido a un “procedimiento inconveniente adoptado en la caza del animal por los balleneros nacionales” que es hacerlo “durante la época de procreación del cetáceo”, y para regular la

actividad propone lo que denomina “las bases de un reglamento de caza de ballenas, para que [...] se sirva considerarlas i hacer de ellas materia de una ley” (Castillo 1907: 162-163).

En un texto escrito treinta años después de sus “experiencias de campo”, que muestra su permanente interés en el tema, Castillo señala que “los cetáceos han sido de tal modo perseguidos, que los pocos sobrevivientes de esta persecución inmoderada, han debido recluirse en una zona que ya no puede seguir disputándole el hombre, sino muy de tarde en tarde”: los mares árticos y antárticos. Recuerda a los antiguos balleneros chilenos, “en esos tiempos [...] cuando] el animal era atrapado con una audacia temeraria realmente inconcebible para una época tan cobarde e incolora como la presente”. Todo lo hacían “desde una chalupa tripulada por ocho hombres, sin miedo [...] Eran esos otros tiempos, que no se han ido del todo. Tiempos de menos pericia profesional quizás, pero de más cachaza” (Castillo 1937: 43-44).

En la literatura chilena encontramos referencias importantes sobre la caza de ballenas que recuerda Castillo: los cuentos “La ballena” [1907] y “El hallazgo” [1917] de Baldomero Lillo (1968a: 376-382 y 1968b: 442-459); los poemas “Preludios 2” [1898] de Diego Dublé Urrutia (1998: 35-36) y “El arponero” [1908] de Samuel Lillo (1908: 103-111), son emotivas y certeras descripciones de la caza costera de ballenas que se extendió en las costas de Chile entre la bahía de Concepción y el archipiélago de Chiloé durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera década del siglo XX (Quiroz 2012). Estos escritores son también nuestros para-etnógrafos (Quiroz 2015b).

LA ESCRITURA DE FRANCISCO COLOANE

¿Qué ocurre cuando el “dueño de la mirada”, el observador-participante, es un escritor? Por ejemplo, de las características de Francisco Coloane, quien, además, se preocupa de advertirnos que él es “un simple narrador de acontecimientos” que le “ha tocado presenciar, sufrir o inventar”, o que le “han contado”, recalando que nunca ha “sabido bien por donde empiezan la invención y la verdad” (Teillier 1968). Gran parte de sus expresiones y declaraciones surgen de experiencias directas con la

actividad ballenera, mezclando siempre en sus relatos datos “verdaderos” con otros “inventados”. ¿Son sus observaciones equivalentes a las que podría haber hecho un etnógrafo en esa misma época? ¿Qué pasa cuando la etnografía se tiñe de ficción? La relación entre etnografía y literatura es fértil y profunda.

En 1972 se publica un largo escrito de Francisco Coloane sobre los balleneros de Quintay en su colección de libros “Nosotros los Chilenos”. El relato nace de una breve visita que veinte años antes, en el mes de abril de 1953, el escritor realizara a la planta ballenera para embarcarse en el INDUS-11, buque cazador de la Compañía Industrial S.A., no solo “para participar en una cacería de ballenas” sino también para observar lo que allí acontece y escribir sobre ello. Conversa con el capitán Humberto Olavarría, “comodoro de la flota [...] que] desde los catorce años empezó a navegar como pinche de cocina en los balleneros” (Coloane 1972: 51), con el piloto Manríquez, con el primer ingeniero Opazo, con el cocinero Moisés Arena, y en charlas de sobremesa hablan “de balleneros desaparecidos en el mar y de otros hechos que se entremezclan, cual cadena de la vida, con eslabones tristes, grotescos y alegres” (Coloane 1972: 61). Mientras espera la llegada del buque, dialoga también con algunos trabajadores de la planta, con el contramaestre Carlos Aravena, “que dirigía las maniobras de atraque y subida de las ballenas por una rampla inclinada que llegaba hasta el mar” (Coloane 1972: 40) y con Evaristo González, “el hombre de más edad entre los faenadores” (Coloane 1972: 45). Aprende a conocer el duro trabajo de los balleneros, sabe que “entre la tierra y el mar, en la factoría ballenera de Quintay, las desatadas cabelleras de las olas se tornan sanguinolentas, explicándonos el drama de las ballenas escrito con su propia sangre” (Coloane 1972: 50). En el texto, el autor nos habla de hombres que “saben lo que significa para el trabajo y sus vidas un segundo, un minuto y una hora en medio de la inmensidad sin costa”, de hombres que “saben manejarse con cosas grandes, desde sus ballenas oceánicas hasta la relojería pendular del sol, la luna y sus estrellas [...] cuyas] pequeñas naves son algo diminutas pero dominantes en el límite de los horizontes cósmicos” (Coloane 1972: 65-66). Cuando se publica el trabajo, en 1972, los balleneros de Quintay ya eran historia, pues la planta había detenido sus máquinas y cerrado sus puertas al finalizar en 1967 las operaciones

conjuntas entre INDUS, propietaria de la planta, y los japoneses de Nitto Hogeí K.K. El relato es incluido, con ligeras modificaciones, en su libro de cuentos *Golfo de Penas* (Coloane 1995). Además, la experiencia en Quintay, entre otras, le sirve para escribir su novela *El camino de la ballena* (Coloane 1962), y le permite redactar en 1976 otro cuento, titulado “Alfaguara”, publicado en el libro *Antártico* (Coloane 2008b) en forma póstuma.

Pero su estadía en Quintay en 1953 no fue, como ya lo hemos señalado, su primera “experiencia cercana” con la caza de ballenas (Quiroz 2015b). En 1934 el escritor pudo observar como reportero del diario *El Magallanes* de Punta Arenas, las operaciones balleneras de la Compañía Chileno Noruega de Pesca, en Puerto Barroso, en la zona del golfo de Penas (Quiroz y Carreño 2010). En esa ocasión conversó con los balleneros en varias oportunidades, “allí, charlando amigablemente una noche, los noruegos nos narraron aventuras maravillosas y extrañas visiones boreales de ambos polos, las que dejaremos para una próxima información”, incluso “les hice una vez una entrevista a unos noruegos, con intérprete” (Vidal 1991: 57-58). Escribe un reportaje sobre lo observado y conversado (Coloane 1934: 21), que luego usará en algunas de sus creaciones literarias, como en la escritura del capítulo “La caza de ballenas” de su libro *El último grumete de la Baquedano* (Coloane 1941: 89-102) y para caracterizar el personaje de Dámaso Ramírez, protagonista del cuento “Rumbo a Puerto Edén” (Coloane 2008a [1956]: 387-410).

Estos textos (Coloane 1934, 1972) debemos entenderlos como “reportajes”, ese género periodístico donde se mezcla información sobre hechos, o noticias, con opiniones personales del escritor, que buscan generar en el lector una posición sobre un tema específico. Gabriel García Márquez, un maestro en estos asuntos, nos dice que el reportaje puede “llegar a ser no sólo igual a la vida, sino más aún: mejor que la vida. Puede ser igual a un cuento o una novela con la única diferencia –sagrada e inviolable– de que la novela y el cuento admiten la fantasía sin límites, pero el reportaje tiene que ser verdad hasta la última coma. Aunque nadie lo sepa ni lo crea” (García Márquez 2001). El profundo vínculo de Coloane con el mundo de los balleneros y el de las ballenas se reconoce en un mensaje que le envía Pablo Neruda: “Honor a tus ballenas, Francisco, a tus arpones...” (Varas 2010: 27).

Coloane no se cansará de repetir su temprana vinculación, casi genética, con las ballenas pues su padre había sido ballenero,

“Mi padre era un autodidacta del mar, como yo de la literatura. Solo que yo nunca pude usar la pluma como él su arpón. Me cuentan que primero anduvo en las ‘lobadas’, como se dice allá en las cacerías de focas. Luego fue patrón de chalupas balleneras que pescaban para la factoría de Corral. Era la época en que cazaban con el arpón de mano. Más tarde cazó el cetáceo con cañón arponero en la Yelcho, nave de la que fue capitán” (Coloane 2000: 26).

Coloane veía a su madre “como una ballena en una especie de astillero, que así parecía la casa donde vivíamos” (Vidal 1991: 20). Neruda lo llamaba “el hijo de la ballena blanca” (Vidal 1991: 10).

LA MANO MAESTRA DE KLAUS BARTHELMMESS

La etnografía retrospectiva también necesita de expertos, sobre todo cuando se incursiona en un terreno desconocido. De maestros que muestren el campo que se abre a la curiosidad y a la indagación. Nuestro estudio se benefició considerablemente de la colaboración de varios expertos extranjeros, especialmente del entusiasta apoyo del historiador alemán Klaus Barthelmess. Quisiera narrar de manera breve este providencial “encuentro”.

Mientras revisaba los antecedentes sobre la caza de ballenas en la zona de Valdivia, decido “rastrear” un dato que surge de improviso: la *Sociedad Ballenera y Pescadora de Valdivia* operaba en 1906 un buque cazador, el “Germania”, “uno de los dos balleneros que habían sido empleados por una compañía ballenera alemana basada en Islandia” (Sepúlveda 2008). La primera acción fue “googlear” *Germania* y *whaling*, asociando el nombre del buque con la caza de ballenas, lo que me llevó a la página 81 del libro de J. N. Tønnessen y A. O. Johnsen (1982), donde se entregan datos sobre la *Germania Walfangund Fishindustrie A.G.*, empresa ballenera alemana con sede en Hamburgo y que operaba en Islandia. El segundo paso fue continuar la búsqueda usando como parámetro el nombre de la empresa, encontrando en la página 182 del libro de R. L. Webb (1988), un párrafo sobre el buque y una referencia bibliográfica de un artículo escrito

por Klaus Barthelmess (1986) sobre dos compañías balleneras alemanas, una de ellas la *Germania W & F A.G.* El artículo no estaba *online*, así es que decidí solicitarle al autor una copia impresa de su trabajo. Klaus me contestó rápidamente y expresó su interés en conocer más de nuestro trabajo y cooperar en algunos temas, considerando que su “experiencia y recursos podría darle una perspectiva más internacional”. Al día siguiente me envía dos fotos del buque. Unos días más tarde le mandé una copia del proyecto y del informe de avance correspondiente al año 2008. Responde con un largo comentario, señalando las virtudes y defectos que veía en el proyecto, ofreciendo nuevamente su asistencia y cooperación. Klaus pensaba que nuestro enfoque era “el más comprehensivo para reconstruir la historia ballenera de un país desde la nada” y que el proyecto se podría beneficiar de su “comprensión global de la historia de la caza de ballenas”. Fue el punto de partida de una cooperación muy fructífera.

Los recursos de Klaus, como coleccionista e historiador, eran enormes y su sabiduría respecto de la caza de ballenas muy vasta. Me guió afectuosamente, entre la enmarañada y políglota bibliografía existente sobre la caza de ballenas en el mundo, en mi búsqueda de datos sobre Chile. Puso a mi disposición los libros de su biblioteca y los documentos de su archivo particular que conservaba en su casa en Colonia, Alemania. Entre ellos habían algunos papeles preciosos de la *Sociedad Ballenera Christensen & Co.*, sucesora de la *Sociedad Ballenera y Pescadora de Valdivia*. Lo pude conocer personalmente el 2009 en el marco del simposio *Whaling and History III*, realizado en Sandefjord, Noruega, y juntos recorrimos varios lugares de importancia para la historia ballenera mundial, tanto en Sandefjord como en Larvik y Tønsberg, todos vinculados con Chile. Estaba contemplado que Klaus nos visitara en el verano del 2011, pero su repentina muerte interrumpió esta valiosa colaboración.

DESPEDIDA

El trabajo que hemos desarrollado en los últimos años es un intento por construir un relato plausible y creíble sobre la caza de ballenas, utilizando una herramienta, la etnografía retrospectiva, algo descontrolada. Queremos, sin duda, “mostrar

el mostrar”, es decir, contar de qué manera las circunstancias del “mundo de la caza de ballenas” ha modelado nuestra etnografía, necesariamente colaborativa en el sentido que tenemos que contar con los testimonios de aquellos que pudieron observarla directamente, con esos narradores, en palabras de Taussig, frecuentemente traicionados “en aras de una ciencia ilusoria”.

Entre todos los animales, las ballenas han sido transformadas en Occidente en seres únicos: la “superballena”, un constructo conceptual que reemplaza un reconocimiento apropiado de las setenta y cinco especies diferentes incluidas en el orden taxonómico de Cetácea, y sobresimplifica y oscurece las actuales circunstancias ecológicas de cada especie de ballena: todas las ballenas están en peligro y todos los balleneros son unos bárbaros (Kalland 2009: 28-46). En Occidente hoy existe un discurso dominante, anti-ballenero. Sus portadores han reemplazado “el ciclo de consumo de las ballenas” de los balleneros por “el ciclo de consumo de la superballena” mediante la masificación del turismo, la personificación de la ballena y la generación de un discurso que la describe como una propiedad común y no como un recurso de acceso abierto (Kalland 2009: 135). Existe una polarización en el debate ballenero y una carencia de comunicación entre las partes. Cada lado habla a los miembros de su respectivo grupo y nadie tiene interés en discutir las posiciones y llegar a acuerdos.

El discurso anti ballenero conceptualiza la ballena “no como un recurso que debe ser administrado ni como unas especies en peligro de extinción, sino como un animal con cualidades especiales que lo hacen inherentemente valioso” (Lawrence y Philips 2004: 696). Los argumentos proteccionistas se enfocan en la ballena no como especie sino como animales individuales, con derechos inalienables. El discurso anti ballenero se ha movido desde un fundamento ecológico a uno ético. Las ballenas han sido “reconstruidas”, ya no son recursos que deben ser cosechados ni especies que deben ser salvadas, sino más bien individuos que exhiben conductas casi humanas, que deben ser apreciados y respetados (Lawrence y Philips 2004: 698).

Nuestra reflexión nace de la experiencia generada por “la presencia de una ausencia”, la de los cazadores de ballenas, ocultos bajo una espesa niebla,

moderna y civilizada, en la que su oficio es denostado. Las ballenas y su caza han estado en el imaginario de la gente desde hace varios miles de años, pero su valorización ha experimentado una serie de cambios a través del tiempo. En los discursos los cambios han significado que la caza de ballenas pasó de ser considerada una actividad heroica, donde el hombre ponía en juego su propia vida en un combate contra un monstruo aterrador, a una actividad deleznable, cruel, innecesaria, en la que el hombre muestra lo peor de sí mismo ante una criatura prácticamente indefensa. Es necesario contar con relatos elaborados antes que la niebla cubriese la práctica del oficio y la etnografía retrospectiva es una herramienta que busca estas narraciones.

Me gustaría dejarlos con la mirada nostálgica de Luis Castillo por una forma de cazar la ballena, desde la costa, en chalupa y con arpón de mano: “son tan pocos los que sobreviven de ese primitivo y heroico período industrial que se extingue: que de él va quedando sólo el recuerdo” (Castillo 1937: 43), ese recuerdo de “cuando había que tener mucha pana, bogar rápidamente hacia atrás en cuanto el arpón daba en el blanco, pues, de otro modo, la ballena herida, hundiéndose de cabeza, sacaba fuera del agua su enorme cuerpo, azotándolo sobre el agua en un sentido y en otro, como para demoler lo que encontrase” (Castillo 1937: 44). No como la de ahora, en esta época “tan cobarde e incolora”, donde no hay espacio para héroes. En la actualidad pocas personas los considerarían héroes.

Agradecimientos: La muerte de Klaus Barthelmeß a comienzos del año 2011, cuando se aprestaba a visitarnos, fue un verdadero golpe, como lo fue también la partida de Don Alfredo Herrera y Don Pedro Aguirre, los habitantes de isla Mocha que despertaron en mí un interés casi obsesivo por el tema ballenero. Un reconocimiento también para los escritos de Luis Castillo y Francisco Coloane, queridos para-etnógrafos. Este texto es un sentido homenaje a la memoria de todos aquellos “socios epistemológicos” que murieron durante este largo proceso. Agradezco las sugerencias de Patricio Toledo, Marcelo González y dos anónimos evaluadores, que permitieron mejorar este “nervioso” texto. El trabajo ha sido realizado en el marco de Proyecto Regular Fondecyt 1140056 *Una etnografía de la caza de ballenas en las costas de Chile durante el siglo XIX*.

BIBLIOGRAFÍA

- Agar, M.** 2001. “Ethnography”. En *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, editada por N.J. Smelser y P. B. Baltes, Tomo 7, Pp. 4857-4862. Elsevier, Oxford.
- Barthelmeß, K.** 1986. “Deutsche Walfanggesellschaften in wilhelminischer Zeit. Germania AG und Sturmvogel GmbH”. *DeutschesSchiffahrtsarchiv*, 9: 227-250.
- Benedetti, M.** 1974. *Poemas de Otros*. Alfa Argentina, Buenos Aires.
- Bloch, M.** 2008 [1914]. *Historia e Historiadores*. Akal, Madrid.
- Borges, J. L.** 2011 [1975]. “El otro”. En *El Libro de la Arena*, Pp. 7-19. Debolsillo, Buenos Aires.
- 1989 [1969]. “El Etnógrafo”. En *Elogio de la Sombra*, Pp. 367-368. Emecé, Buenos Aires.
- Cartes, A.** 2009. *Los Cazadores de Mocha Dick. Balleneros Chilenos y Norteamericanos al sur del Océano de Chile*. Pehuén, Santiago.
- Castillo, L.** 1906. “La pesca de la ballena en la isla Santa María”. *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, 8: 495-500.
- 1907. “La reglamentación de la caza de ballenas”. *Anales Agronómicos*, II (1-2): 157-165.
- 1937. “En torno a la industria ballenera”. *Acción Social*, 65: 39-46.
- Coloane, F.** 1934. Flota ballenera. *El Magallanes*, 16 de septiembre de 1934. Imprenta El Magallanes, Punta Arenas.
- 1941. *El Último Grumete de la Baquedano*. Zigzag, Santiago.
- 1962. *El Camino de la Ballena*. Zigzag, Santiago.
- 1972. *Los Balleneros de Quintay*. Quimantú, Santiago
- 1995. *Golfo de Penas*. Planeta, Santiago.
- 2000. *Los Pasos del Hombre*. Mondadori, Barcelona.
- 2008a. “Rumbo a Puerto Edén”. En *Tierra del Fuego*, Pp. 387-410. Alfaguara, Santiago
- 2008b. “Alfaguara”. En *Antártico*, Pp. 95-112. Alfaguara, Santiago.
- Dublé Urrutia, D.** 1998. *Del Mar a la Montaña. Obra Poética Completa*. Universitaria, Santiago.
- Evans Pritchard, E. E.** 1990 [1961]. “Antropología e Historia”. En *Ensayos en Antropología Social*, Pp. 44-67. Siglo XXI, México.
- García Márquez, G.** 2001. “Sofismas de distracción”. *Salá de Prensa*, III (2). Disponible en www.saladeprensa.org/art201.htm; consultado el 10 de julio de 2013.
- Gonçalves, R. de Sá.** 2007. *Os Ranchos pedem Passagem*. Secretaria Municipal das Culturas, Rio de Janeiro.
- 2008. *A dança nobre no espetáculo popular. A tradição como aprendizado experiencia*. Tesis para obtener el título de Doctor en Ciencias Humanas (Antropología Cultural), Universidade Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro.
- 2009. “Sociabilidades Urbanas: cronistas e ranchos carnavalescos no Río de Janeiro”. En *As Festas e Osdias: Ritos e Sociabilidades Festivas*, editada por J. R. S. Gonçalves y M. L. V. de C. Cavalcanti, Pp. 77-93. Contracapa, Rio de Janeiro.

Holmes, D.R. y G.E. Marcus. 2005. "Cultures of expertise and the management of globalisation: towards a re-functioning of ethnography". En *Global Assemblages: Technology, Politics and Ethics as Anthropological Problems*, editado por A. Ong y S. Collier, Pp. 235-252. Blackwell, Oxford.

---- 2008. "Para-Ethnography". En *The SAGE Encyclopedia of Qualitative Research Methods*, editado por L. E. Given, Pp. 595-597. Sage, Los Angeles.

Kalland, A. 2009. *Unveiling the Whale. Discourses on Whales and Whaling*. Berghan, New York.

Lawrence, T.B. y N. Philips. 2004. "From Moby Dick to Free Willy: Macro-Cultural Discourse and Institutional Entrepreneurship in Emerging Institutional Fields". *Organizations*, 11: 689-711.

Lévi-Strauss, C. 1987. *Antropología Estructural*. Paidós, Buenos Aires.

Lillo, B. 1968a. "La ballena". En *Obras Completas*, Pp. 376-382. Nascimento, Santiago.

---- 1968b. "El hallazgo" En *Obras Completas*, Pp. 442-459. Nascimento, Santiago.

Lillo, S. 1908. "El arponero". En *Canciones de Arauco*, Pp. 103-111. Cervantes, Santiago.

Lovecraft, H. P. 1970 [1931]. "The Strange High House in the Mist". En *The Tomb and other tales*, Pp. 94-103. Ballantine Books, New York.

Metraux, A. 1925. "De la méthode dans les recherches ethnographiques". *Revue d'Ethnographie et des Traditions Populaires*, 23/24: 266-290.

Montecino, S. 1997. "El río de las lágrimas". *Anales de la Universidad de Chile* 6: 91-111.

Ortega, F. y G. Martínez. 2012. *Mocha Dick. La leyenda de la ballena blanca*. Norma, Santiago.

Ovalle, A. 1969 [1646]. *Histórica Relación del Reino de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago.

Quiroz, D. 2012. *Cazadores Tradicionales de Ballenas en las Costas de Chile (1850-1950)*. Centro de Documentación de Bienes Patrimoniales, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago.

---- 2014. "Etnografía histórica de la planta ballenera en isla Guafo [1921-1937]". *Magallania*, 42(2): 81-107.

---- 2015. "Balleneros en la Niebla: una mirada para-etnográfica de la caza de ballenas en Chile". *Chungará*, 47(2): 319-330.

Quiroz, D. y G. Carreño. 2010. «El último sueño del capitán "Adolfus" Andresen: la caza de ballenas en aguas magallánicas (1933-1935)". *Magallania*, 38 (1): 37-60.

Quiroz, D. y F. Fuentes. 2012. "De huesos y carne de ballena: el uso de los restos de cetáceos en las costas de la Araucanía". *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Pp. 481-486. LOM, Santiago.

Quiroz, D. y M. Sánchez. 2005. "La secuencia Pitrén-El Vergel en isla Mocha: soluciones de continuidad y distinciones culturales". *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Pp. 369-378. Escaparate, Concepción.

Quiroz, D. y H. Zumaeta. 1997. "Ecología, historia y cultura en isla Mocha, provincia de Arauco". En *La Isla de las*

Palabras Rotas, editado por D. Quiroz y M. Sánchez, Pp.17-37. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago.

Sepúlveda, J. 2008. "La epopeya de la industria ballenera chilena. Trece empresas balleneras". *Boletín de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile*, 11: 11-35.

Taussig, M. 1995. *Un Gigante en Convulsiones*. Anagrama, Barcelona.

---- 2013. *Mi Museo de la Cocaína*. Editorial Universidad del Cauca, Popayán.

Teillier, J. 1968. "Entrevista con Francisco Coloane". *Árbol de Letras*, 6: 54-55.

Thomas, K. 2009. *The Ends of Life: Roads to Fulfillment in Early Modern England*. Oxford University Press, Oxford.

Tilly, Ch. 1978. "Anthropology, History and the Annales". *Review*, 1 (3/4): 207-213.

Tønnesen, J. N. y A. O. Johnsen 1982. *The History of Modern Whaling*. University of California Press, Berkeley-Los Angeles.

Varas, J. M. 2010. "Pancho y Pablo". *Nerudiana* 10: 25-27.

Vidal, V. 1991. *Testimonios de Francisco Coloane*. Universitaria, Santiago.

Webb, R. L. 1988. *On the Northwest: Commercial Whaling in the Pacific Northwest 1790-1967*. University of British Columbia Press, Vancouver.